

**Posibles relaciones entre el Sujeto y la lengua extranjera: ¿ajenidad,
apropiación lúdica, soporte subjetivo?**

Valeria S. Hernández

UNR

¿Por qué hay quienes sostienen que una lengua extranjera les permite hablar o incluso escribir de un modo a través del cual la lengua materna no parece habilitarlos?. O, al contrario, ¿por qué habría palabras o intensidades de afecto, como el odio, por ejemplo, que parecen sólo poder ser articuladas en la lengua materna?. Puede existir, también, la identificación de algunos sujetos con una lengua que no es la materna, o al revés, sienten que no pueden “decirse” en una extranjera. Así, pareciera estallar, en estos puntos, la idea de lo *materno* como sinónimo de propio, de una lengua en la cual puedo hacer pie en mi identidad.

“Lengua natal: no hay tal cosa. Nacemos en una lengua desconocida. El resto es una lenta traducción”(De Santis, 1998: 53), le hacía decir en un epígrafe Pablo De Santis a uno de sus personajes de su novela *La traducción*. Enunciado que nos hace pensar a la lengua materna como una otredad, y tal vez no haya nada más desconocido que lo ajeno que implica la alteridad. *“No tengo más que una lengua (...)”* decía Derrida, pero agregaba, *(...)”no es la mía”* (Derrida, 1997: 13), frase que extrema la ajenidad que este autor le suponía a la lengua materna, pero que además, políticamente, era la lengua del amo. La lengua materna es la que habla el otro, es la que me preexiste y de la cual me tengo que apropiar en el trabajo subjetivo que implica mi devenir como tal, es decir, como sujeto. Al ser una exterioridad, no habría entonces, siguiendo a Derrida, propiedad natural de la misma, ni tampoco la poseo o la habito, sino, por el contrario, es ella quien me habita y posee; así, la lengua materna me toma. Y todo sujeto está forzado a escuchar y escucharla como

condición existencial. Esto no es decidible: no hay nadie que pueda dejar de escuchar. Pero sí hacer algo con lo que se escucha, no desde la voluntad, obviamente, sino estando necesariamente conminado a transcribir, traducir, representar aquello que viene del otro, trabajo psíquico, entonces, impuesto a cada sujeto. Pero, a la vez, condición indispensable que le permitirá el ser nombrado por el otro y la relación con él. Tal vez podamos pensar esta relación entre el sujeto y la lengua como una *inquietante extranjería*, concepto freudiano -en su traducción francesa- y que en lengua alemana -*unheimlich*- condensa los sentidos *familiar-extraño*. Es lo familiar, lo propio que se vuelve extraño: la misma lengua materna propia y extranjera a la vez.

A propósito de la lengua extranjera, hace unos años atrás con un grupo de docentes, investigadores y estudiantes de la UNR se formó un Espacio de Cultura ofrecido a niños en un barrio de la ciudad de Rosario. Una vez por semana había una propuesta diferente y una de ellas era el hacer pasajes de experiencia por las lenguas francesa y portuguesa, pero desde la educación no formal. Es decir, no se trataba de un dispositivo que enseñara, por ejemplo, las formas gramaticales correctas, sino de la posibilidad de ofrecer a la lengua extranjera como un objeto cultural para crear, recrear y jugar con ella o a partir de ella. El *jugar* era uno de los ejes centrales desde el cual se organizaba el encuentro por considerarlo una práctica significativa, que posibilita la creación y a la vez crea al que juega. Como también, permite la elaboración subjetiva en casos de sufrimiento psíquico. El jugar con sonoridades distintas a las del castellano era una apuesta que los niños fueron paulatinamente tomando. En un principio con algo de extrañeza al interpelar a la coordinadora de Portugués: “¿Pero vos de dónde sos?!” o también reírse y comentar entre ellos: “Están diciendo malas palabras...” No resultaba fácil entrar en las lenguas

extranjerías, había un ir y venir del francés al castellano que ellos reclamaban gritando: “Bueno, ahora en francés !!”. Por momentos se interesaban en algún vocablo y uno preguntaba : “Yo soy de Boca, ¿cómo se dice Boca en francés? ” Y se fue diciendo: “Yo soy de ‘bouche’ ”, frase inventada donde se involucra con algo propio, traduciendo a Boca Juniors, haciendo aparecer el humor por lo ‘incorrecto’ de la expresión. En otro caso, la lengua portuguesa habilitó una dramatización teatral a partir de la leyenda de Naiá, una indiecita que al querer alcanzar a la Luna reflejada en el río, desaparecía en el fondo de las aguas del Amazonas, pero florecía como la bella flor acuática Vitória Regia. Una niña primero dibuja algo de lo que le quedó de lo escuchado, por supuesto, en portugués. Su nombre era Daiana y cuando se le señala la similitud sonora entre Naiá y Daiana, se sorprendió y fue la única que se animó a escenificar lo que se movió en ella. Tal vez una identificación a partir de esa cercanía sonora de los nombres propios. Si bien, no desplegó un texto hablado en ningún idioma, había un texto corporal que fue puesto a andar gracias a la leyenda que, a la vez, ella recrea. De todas formas, notábamos que la propuesta de jugar entre lenguas no era tan tentadora para los niños como sí lo era el terreno del Arte, ya que, era un colectivo que siempre pedía papeles y lápices para dibujar y pintar. La lengua, sea materna o extranjera, supone un nivel de abstracción que resulta más complejo que lo que pulsaba desde el Arte, sobre todo con el lugar que ocupa el dibujo en la infancia: jugar con trazos y colores imaginando figuras y formas resulta más ‘corporal’ que el hablar o el escribir. Si bien, las palabras son cuerpo y tienen su materialidad, pertenecen a un terreno en que no se pueden tocar, manipular, ensuciar, manchar, agujerear, o tal vez sí, pero metafóricamente, no con las manos. Y si llegara el caso de producirse una operatoria tal, veremos si quedó una lengua inventada, original como producción, pero que no se entiende, que no me permite el encuentro

con otros, o un engendro lenguajero impenetrable, o nada menos que poesía. Tal vez sean los poetas y los traductores quienes puedan jugar y crear con las palabras, así como los niños desarmar y vuelven a armar un juguete. Pero, como plantea Winnicott, el juguete no está garantizado de antemano, es decir, el juguete no existe, sí el objeto fenoménico, pero no el estatuto de juguete porque será el niño quien convierta este objeto en juguete. ¿Y cómo lo hace? Lo realiza en el jugar mismo. En esta formulación, no se sacraliza el objeto empírico, no se lo respeta, se lo crea, se lo usa en un sentido que no es pragmático, sino metafórico y lúdico. Aquí habría que pensar las diferencias respecto de lo que supondría este tratamiento con las palabras. ¿Se puede hacer lo mismo que hacen los niños con los juguetes?. Los poetas tal vez tengan vía libre para armar y descomponer, y los traductores además de crear otro texto, el mismo tiene que mantener una ligazón con la obra a traducir, o sea, un cierto ajuste al sentido. “El mejor acatamiento al texto traducido demanda imaginación, aptitud para el desvío o las sendas laterales, así como saber valerse de las analogías y lo latente, siempre que con ello no se afecte el propósito ni el tono del autor” (Kovadloff, 2006: 127). Un psicoanalista francés, Octave Mannoni, llamaba *inteligencia lingüística* al período de la infancia, siempre olvidado, anterior a los 2 años, o tal vez antes, en que aprendemos a hablar. La *inteligencia lingüística* es el saber sobre las lenguas que tienen los niños pequeños. En esta etapa existe una mayor apertura en el escuchar y una pregnancia por el sonido y la musicalidad porque no se conoce aún el sentido de lo que suena como palabra. Al principio es el ritmo, es esto lo que le llega a un niño, y luego irá conociendo la significación y se irá sorprendiendo y cuestionando con algunas construcciones y modalidades expresivas, como el caso de uno de 5 años que no podía entender cómo una mesita baja podía llamarse ‘ratona’, “si es una mesa...”, decía. Retomando a Octave

Mannoni, existe una disposición particular para jugar con la lengua y es esto lo que hace el poeta con sus juegos con el lenguaje. En los primeros tiempos, al existir una despreocupación por el aprendizaje de la gramática y la sintaxis -que se aprenden metódicamente en la escuela- los niños, se dejan llevar por el sonido. Es así, que una lengua extranjera aprendida en la infancia formalmente o escuchada en el medio familiar, puede quedar registrada aunque no se haya hablado más, ya que no desaparece la marca psíquica del contacto con ella. Siempre y cuando no haya habido en medio interferencias, traumatismo o construcciones inconscientes singulares que hayan obturado y reprimido el recuerdo tanto de vocablos extranjeros, como de la representación que alrededor de esta lengua se haya construido. Y de lo que la lengua misma en su totalidad represente para el sujeto. Derrida bien podría haber odiado a la lengua francesa, sin embargo, no le sucedía esto, pero a la vez, sostenía que los franco-magrebíes tenían un trastorno de la identidad por lo vivido y padecido como pueblo colonizado en donde, por ejemplo, el árabe en la secundaria de Argelia era una lengua optativa, idioma de los ‘pie negro’. Y esto sólo por poner un ejemplo de dominación política y cultural, porque si pensamos en la matanza de argelinos, ahí la lengua del otro no es la de cualquier otro sino la lengua del asesino. Lo mismo se podría pensar en relación a los judíos con el hebreo o el yiddish respecto a la lengua alemana de los nazis. Sin embargo, la experiencia con la lengua es singular y a veces se entronca con cuestiones políticas, mientras que otras veces parece quedar encapsulada en una experiencia absolutamente valiosa por lo íntima e identitaria. Tal es el caso de Hannah Arendt que, siendo judía y ante la pregunta de qué ha quedado de la Europa prehitleriana responde: “¿Qué queda?. *Queda la lengua materna*” (Arendt, Cf. Derrida, 1997: 90), y esta era la lengua alemana. Lengua en la que ella escribía, y ya en 1947, esta escritura le permitía volver del exilio. Cito: “A un judío

no le resulta fácil publicar hoy en Alemania, por mucho que sea un judío de habla alemana(...) la tentación de poder escribir otra vez en la lengua propia no compensa, aunque éste sea el único regreso del exilio que uno nunca consigue desterrar del todo de sus sueños.” (Arendt, 2004: 9)

Al referirme anteriormente a vivencias en la escena de la lengua que pueden haber sido traumáticas, tomo como referencia a Louis Wolfson quien escribió la novela autobiográfica “El esquizo y las lenguas”, libro que testimonia su compleja relación con el inglés, lengua supuestamente materna. Lengua que lo vuelve loco, que siente que literalmente lo viola entrando al cerebro por los conductos auditivos. Para defenderse de esta voz invasora, que en realidad era la voz materna, creó vía lingüística un procedimiento que denominó “*construcción destructiva*” a partir del cual traducía o pseudo traducía la lengua inglesa a otras lenguas que había estudiado: francés, alemán, ruso y hebreo. Además, el “joven esquizofrénico” como él se nombraba, tenía conocimientos sobre Lingüística. Se trataba de mantener apartada la palabra inglesa, viviendo en Nueva York y teniendo que taparse los oídos, ponerse auriculares para escuchar estaciones de radio en otras lenguas y, a la vez, fijar los ojos en textos escritos en otras lenguas. Aquí las lenguas extranjeras aparecen como un soporte psíquico que contiene un poco esta intromisión que el sujeto no puede frenar. Y más, en realidad, lo que pretendía Wolfson era poder escuchar y soportar la lengua inglesa, y de la única manera en que esto podía producirse era intentando llegar a la misma desde las extranjeras. Las cuatro lenguas que él hablaba eran ‘barrera de contención’ que lo separaban de lo enfermante que para él portaba la lengua inglesa, y también eran un soporte desde el cual poder instalarse sintiéndose más aliviado. Pero, lo más importante era que las lenguas extranjeras constituían un puente para algún día llegar a la lengua inglesa escuchándola y hablándola sin que le

resulte tan doloroso. No voy a extenderme en un análisis, sólo he descrito globalmente algunos puntos de Wolfson, pero sí es importante mencionar el valor repositivo que las lenguas extranjeras representaron para este autor. Valor que no portan las lenguas en sí mismas, sino que es el sujeto quien produce psíquicamente con ellas. Es de destacar, también, la posibilidad de escritura-el libro está escrito en francés-que permitió este movimiento de Wolfson con las lenguas. Parafraseando a Emiliano Del Campo, este particular género literario es llamado por él '*escribir la locura*', acto que es distinto a la locura misma, cosa que no todos logran. Texto que, además, le permite conectarse con otros y sobre el final del libro nombrarse como autor, dejando así la tercera persona del singular-el impersonal- y la patologización irónica de sus expresiones sobre sí mismo: 'el joven esquizofrénico'; 'el estudiante lingüístico demente'; 'el psicótico'.

Por último, siguiendo esta línea de rescatar a la lengua extranjera como posibilidad de soporte, se hicieron en los años 70 experiencias en una institución francesa, la Escuela Experimental de Bonneuil, que tenían como objetivo el ofrecer a niños y adolescentes un pasaje de experiencia en un medio extranjero y en una lengua que no fuera la materna. Maud Mannoni, fue la psicoanalista creadora de estas experiencias, y nos cuenta el caso de un niño francés que empieza a hablar a los 9 años y es enviado a Inglaterra como parte de su tratamiento y recuperación. Dice: "Asumimos el riesgo de enviarlo a Inglaterra, a un sitio recomendado por Winnicott y abierto sólo a los 'normales'. No sólo aprende inglés en tres meses, sino que además los significantes que en su lengua materna provocaban crisis, en inglés no suscitan ningún efecto terrorífico de este género"(Mannoni, 1998: 73). Luego, René se reencuentra con su padre, le habla en inglés y se niega a hablarle en francés. Según el padre, su hijo lo invitó a ir a su terreno, a otra lengua. René vivía en la

lengua francesa un sufrimiento que no era experimentado con la lengua inglesa. El encontrarse con otras palabras extranjeras le permitían (...) “separarse de la lengua materna hacia una aventura con las palabras, anunciándose ésta en una lengua distinta” (Mannoni, Ibidem). En la escuela de Inglaterra aparecía como un extranjero diferente, un poco desconcertante, pero no era estigmatizado como ‘loco’. Es ahí donde el sujeto se siente nombrado diferente y desde esta diferencia se habilita en otra lengua a otro modo de lazo con los otros. En estos casos, la lengua extranjera permite (...) “reencontrar un habitáculo de vida en el que las palabras no remitan a la muerte” (Mannoni, Ibidem).

Para cerrar, el hilo conductor que nos permite pensar en las relaciones que pueden existir entre un sujeto y las lenguas materna y extranjera es la idea de *singularidad* que permite demarcar las diferencias específicas entre los sujetos a partir de sus propias experiencias que no pueden ser universalizadas. Lo que a algunos los repara subjetivamente a otros los hace padecer; y lo que a ciertos sujetos los identifica a otros los enajena.

Referencias bibliográficas

Arendt, Hannah, “Dedicatoria a Karl Jaspers” en *La tradición oculta*, Paidós, Bs.As., 2004, p. 9.

Derrida, Jacques, *El monolingüismo del otro o la prótesis de origen*, Ed. Manantial, Bs.As., 2002.

Del Campo, Emiliano, “Los escritos de Wolfson (un esquizofrénico) en *Acheronta Revista electrónica de Psicoanálisis y Cultura*, 1999.

De Santis, Pablo, “Una lengua extranjera” en *La traducción*, Ed. Destino Colección Áncona y Delfín, Grupo Planeta, Bs.As., 2000, p. 53.

Kovadloff, Santiago, “La emoción de traducir” en *Una biografía de la lluvia*, Ed. Booket, Grupo Ed. Planeta, Bs. As, 2006, p. 127

Mannoni, Maud, “Bonneuil, ¿lugar utópico?” en *Lo que falta en la verdad para ser dicha*, Ed. Nueva Visión, Bs. As., 1998, p.73.